

10 soledades de un ejecutivo

de **Fernando R. Ortega**



pubcaruslibros.com

© 2004. Fernando R. Ortega Vallejo

© Portada diseño by Celeste

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com y www.thursdayinternet.com, quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.



Diez soledades de un ejecutivo

*A mis últimos cinco años:
todo en ellos ha sido positivo*

Prólogo (por Rubén García)

Introducción

1.- El despertador

2.- El espejo

3.- El autobús

4.- El vagón de metro

5.- El ruido

6.- La oficina

7.- El teléfono móvil

8.- El ordenador

9.- Las gafas de sol

10.- La televisión

Epílogo: Las soledades

Post data: Toca retirada

Prólogo

Una de las caras de la gestión del tiempo es la soledad, que a veces libera y a veces estrangula nuestra energía vital.

Una de las realidades del mundo de hoy es que a medida que luchas por subir más arriba y por mejorar cada día en tu forma de vivir, de creer, o de sentir, terminas estando más cerca de la soledad. Tus ideas las puedes compartir con menos personas limitando su ayudarte a sacar el jugo a éstas como se merecen y tus inquietudes cada vez las entienden menos personas.

La soledad te permite pensar; te permite reflexionar de una forma cabal cosas que bajo presión serían difíciles de reflexionar y en muchos casos, te permite encontrar el siguiente paso de ese camino que empezaba a estar cubierto por la maleza intelectual, que no siempre es buena hierba.

Pero lo que la soledad no te permite es compartir; compartir es también una faceta de la gestión del tiempo, pero a su vez es la cruz de la soledad; la dos formas visibles del ying y del yang en su estado más adaptado al tiempo.

En este ensayo creo que Fernando consigue definir muy claramente una de las más importantes facetas de esa herramienta mental que es la soledad, con una aplicación directa y muy cercana a cada una de las soledades con las que te puedes enfrentar en uno de esos momentos del tiempo.

Y a su vez, permite que en un espacio de tiempo breve de soledad y centrado en unas líneas escritas, consiga llegar a compartir una visión personal con muchas personas que pueden también leer estas líneas.

Si lo piensas bien: en el mundo ¿cuántos minutos de soledad pueden caber en una hora?.

Rubén García

Director General Comunidad Thursday®

www.thursdayinternet.com

Introducción.

El título de esta breve pero intensa obra tuvo su origen en dos momentos muy señalados, o al menos a mi así me lo parecieron, de mi más reciente pasado. El primero de ellos, fue cuando mi amigo Indalecio Centenera tras leer algunos de mis poemarios me señaló: *“¿sabes cual es la palabra que más citas en tus versos?”*. Evidentemente había pasado por alto ese detalle. *“Soledad”* me respondió.

A las pocas semanas en una de las reuniones más importantes que se celebran en Madrid de empresas relacionadas con las nuevas tecnologías (*Comunidad Thursday*®) tuve el placer de conocer a la Country Manager para España y Portugal del portal de “contactos” más importante del mundo. Le pregunté tras conocer como funcionaba su red de contactos: *“¿cómo hay personas que pagan 19 euros al mes para conocer a otras personas a través de la Red?”*. Su respuesta fue tan contundente como sincera: *“hay más personas solas de lo que creemos”*.

Cuando repaso estos dos instantes me doy cuenta de que por un lado, mi subconsciente, ese que manda los impulsos para escribir, utiliza la soledad como argumento-recurso literario y que por otro, el consciente, se enfrenta a diario a los envites de la soledad, tantos, que hay personas que prefieren pagar por un contacto antes que salir a la barra de un bar a encontrar amigos o simplemente a tener contacto con otro ser humano, porque deciden abonarse/apuntarse a estar solas porque *la soledad es su mejor compañía* (John Hilton).

Al final estamos más solos de lo que nos creemos y valgan estas palabras para hacernos reflexionar sobre el sentido de todas esas soledades a las que casi

sin desearlo, nos hemos acostumbrado a administrar, con tal naturalidad como si de nuestra cuenta bancaria se tratase.

El paisaje quizá sea sombrío; pero seguro que cuando se lean las palabras que a continuación dejo impresas en negro sobre blanco, la conclusión pueda variar.

“*Dsachtó?*” (¿por qué?). Esta breve interrogación se hacían los malogrados y exterminados ciudadano soviéticos cuando eran elegidos por la Checa (policía política stalinista) según nos recuerda Martis Amis en su escalofriante *Koba el temible*.

¿Por qué nos sentimos solos?. ¿Por qué los que nos enfrentamos a diario a tareas directivas no nos acompañamos de otros?. ¿Por qué si somos seres sociales, seres que para tener conciencia de lo que somos necesitamos a otros, nos sentimos a diario solos?. ¿*Dsachtó?*

La sociedad de la información, ésta que nos engulle página tras página, noticia tras noticia, decisión tras decisión, nos deja dibujada una realidad, la occidental, llena de soledades.

Pretendo con toda la modestia del mundo, ser contador de hasta diez; diez soledades de un ejecutivo que al final de cada día pasan su factura, anotan sus números rojos en el debe de su cuenta vital.

No se hacia dónde vamos, pero sí soy testigo de lo que tenemos y creo que el camino hacia “*Parádeisos*” (mi pequeño homenaje a Ottavia Salina, protagonista de *El último Catón* –Matilde Asensi-) no llegará con estas piedras que nos vamos colocando en el camino.

Demasiadas soledades; tantas que harían falta *diecinueve días y quinientas noches* para contar sólo una de ellas.

1.- El despertador.

7.00 AM. El color rojo de los números que aparecen en el reloj despertador (*alarm clock* dicen nuestros vecinos anglosajones) que hay sobre la mesita de noche, iluminan como tubos de neón la pequeña parcela sobre la que se asienta ese elemento rectangular y negro. El despertador siempre nos ha enfrentado a ese momento en el que tenemos que decidir que debemos salir de la cama y encarar el desarrollo de un nuevo día. Ignoro si hay muchos o pocos que se levantan “solos” (léase *motu proprio*), sin necesidad de despertador. La inmensa mayoría, creo, lo necesitamos. Esa costumbre viene dada por la mala administración que hacemos de nuestro tiempo diario. Al margen del que dedicamos al trabajo, alargamos los días de tal suerte que o usamos el citado avisador o siempre nos levantaríamos tarde.

Suena esa desagradable música (si se prueba a escuchar en cualquier otro momento del día nos genera una reacción casi de descomposición).

Ninguno somos dueños de nuestro sueño; pero cuando estamos inmersos en una fantasía onírica, horas después, cuando el consciente repasa las señales del subconsciente, disfrutamos en silencio de esos segundos que son solo nuestros, que sólo hemos sentido, vivido, soñado nosotros. Nadie, salvo nuestro subconsciente, es poseedor mediato (propietario en sentido estricto) e inmediato (poseedor de posesión en sentido estricto) de ese sueño, de ese pedazo de intimidad, esa a la que Ortega y Gasset llamaba *nuestro imaginario mundo, el mundo de nuestras ideas*. Yo añadiría el de nuestros sueños. Y justo en esos instantes suena el maldito despertador.

El digital tiene esa vertiente de *night club* de carretera. El analógico siempre recuerda al reloj de la Puerta del Sol el día 31 de diciembre, perfectamente iluminado.

Distinguimos los dígitos o las manecillas, convirtiendo la decisión en un acto voluntario y tomado en las más estricta intimidad: cortar de raíz ese obscuro sonido.

A eso añadimos que además hay que salir de la cama y hacer un breve repaso mental de todas las tareas, más o menos relevantes, que ese día tendremos que acometer.

¿Quién de nosotros no añora cuando mamá-papá despertador venía a sacarnos de nuestro letargo nocturno con un beso en la mejilla o una suave caricia matutina?. ¿No es mejor ese despertar que el otro, solitario, frío y digital? ¿Quién no cambiaría el neón de sucursal bancaria del despertador por unos buenos días dichos al oído mientras nos hacemos los dormidos?.

¿Quién no arrancaría las manecillas del reloj a cambio de ese leve susurro que nos indique que no estamos solos y que en compañía de otro/a podremos afrontar el día sin riesgo a dar pasos equivocados?

Todas estas preguntas podrían tener una sola respuesta: nadie de nosotros disfruta en soledad y mucho menos le gusta decidir en soledad apagar la música *“interruptus”* de nuestro orgásmico y reconfortante paso por el reino del sueño.

Hay quien piensa que cuando se está dormido, no se es consciente de lo que sucede alrededor y que si en ese estado te embiste la señora negra, no se siente nada. *“Cada noche morimos; cada mañana nacemos de nuevo. Cada día una nueva vida”* afirmaba Edward Young.

Pues bien, nada hay más solitario que pulsar el “off” de nuestro despertador. Cerramos las puertas a nuestra soledad subconsciente y abrimos otra: la de la soledad consciente. Por eso *“un corazón solitario no es un corazón”*, nos recitaba el gran poeta Machado.

2.- El espejo.

Llevo más de doce mil seiscientas setenta y cinco mañanas encontrándome con mi reflejo en ese trozo de plata pulido colgado en la pared del baño. Seguramente las primeras doscientas mañanas, mi consciente no las recuerda. De hecho no recuerdo mi reflejo con menos de seis años, con el flequillo alborotado y esas malditas gafas que desde muy temprana edad siempre me acompañaron.

Pero he aquí que el espejo, ese que *no nos debe dar la razón*, es otro elemento que nos enseña qué es la soledad.

El paso de todas esas miles de mañanas, de reflejos matutinos, nos muestra como esa barba que tanto se deseaba tener con catorce años, con treinta y cinco, se vuelve una condena. Como esas arrugas que antes no tenía, ahora muestran sus señales en el rostro. Como esas canas que sólo peinaban nuestros abuelos, hacen acto de presencia la mañana menos pensada. Y lo peor de todo: aparecen clavos albinos en tu barba.

Los músculos no son los de antes y esas horas de oficina, reuniones, comidas y vida desorganizada hace que las líneas que definen tu frontal y los laterales de tu torso, comiencen a redondearse.

¿Quién acude en ese momento a salvarnos de las evidentes marcas del paso de los días?. Ahí y ahora soportamos *el sufrimiento que nos causa estar solos* (R. María Silke).

Jamás he hablado o conocido a nadie que se deleite con su afeitado matutino por más que se empeñen los amigos publicistas de espumas y maquinillas de afeitar en hacernos ver que se trata de un “acto” casi parecido al otro “acto”, el sexual: es la mentira mejor contada de la historia de la publicidad.

Antes, nuestros abuelos, podían afeitarse en las barberías; esto es, en compañía del barbero (como el de Lavapiés o Sevilla) que además tenía una magnífica capacidad para tenerte entretenido durante los veinte minutos, más o menos, que duraba el “acto” del rasurado, con una magnífica conversación recorriendo desde los partidos de segunda división hasta la faena de Luis Miguel Dominguín en la Monumental de las Ventas, en el coso sevillano o en la modesta plaza de Pozoblanco.

Ahora ya no es posible; realizamos ese afeitado en la más solemne de las soledades, incluso aunque nuestra compañera se esfuerce en hacer ese momento más llevadero. Nos afeitamos solos. Además y pese a que tengamos el espejo más grande del mundo en nuestro baño, quien se refleja en él somos nosotros.

Ese papel de plata que se empeña en enviarnos nuestro “yo” al revés, es el mejor aliado de la soledad porque, salvo los vampiros, nos reflejamos y nos vemos con nuestras bondades y con nuestras miserias; pero siempre nos vemos solos. Incluso en el íntimo momento de probarnos unos pantalones o una camisa en un probador de nuestra tienda favorita de ropa; ese instante es “solo” nuestro. Después pasan a juzgar los invitados.

El armario es el espejo del alma decía Espido Freire y creo que el espejo es el reflejo de nuestra soledad. Soledad reflejada en unos segundos donde observamos en silencio cómo es el paso del tiempo, cómo son las emociones, los excesos o los éxitos; cómo los fracasos pasan su factura ante nuestra atónita y solitaria mirada. Why? (cantaría Annie Lenox) ¿Por qué?

Creo que, sólo en ese preciso instante, nos colocamos en situación para tener una leve idea de lo que somos.

Los “otros” justifican nuestra existencia, pero el espejo nos muestra la realidad (al revés) de cómo somos. Por eso, según los supersticiosos, trae mala suerte romper un espejo: quizá se corta el cordón umbilical entre el “yo” real y el “yo” reflejado. No somos lo que somos si nos falta un espejo. Recordemos sino el mito de la caverna.

3.- El autobús.

Salgo de casa. Más de cuatros años repitiendo los primeros pasos. Cada día para trasladarme a mi oficina cojo el autobús. Soy un convencido del transporte público y qué mejor muestra de convicción que estar abonado a este modo de transporte. También suelo usarlo cuando los destinos en la gran ciudad y el tiempo se me antojan interesantes. La superficie siempre es más apasionante que las entrañas de la *“oppidum”*.

La espera para tomar el autocar se hace en rigurosa cola, esa que nos asemeja a nuestros vecinos europeos tan famosa siempre, porque aquí la costumbre era colarnos.

Dicen que en Londres si tres personas se ponen en fila en cualquier punto de Oxford Street, rápidamente se forma una magnífica cola de personas esperando que ocurra no se qué. Debe ser cultural.

Afortunadamente aquí, hoy, también conocemos y respetamos las colas; si no ya están esos avisos pegados en el suelo de muchas oficinas comerciales que nos recuerdan: *“espere aquí su turno”*. Es una constante llamada de atención y un permanente recordatorio de que ya no nos podemos colar.

O si no, lo más alternativo, lo más *“in”*: los numeritos. Ese sistema inventado para las secciones de carne o pescado de los supermercados, ahora se imponen en muchos mostradores de, por ejemplo, las administraciones públicas.

Pues bien, esa cola (con todas sus variantes), también es un acto solemne de soledad.

A las 8.20 hs de la mañana, ni tu antecesor ni tu sucesor en la fila, está para muchas bromas. Te enfrentas al frío, al viento, a la lluvia, al sol y su calor, en la más estricta de las intimidades solitarias. Sólo musitas *“¡qué frío hace esta*

mañana!” o “¡vaya calor hace hoy!” consiguiendo alguna leve sonrisa cómplice. Por eso Henri Bosco afirmaba aquello de que “nunca hay dos ratos iguales de soledad, porque nunca se está solo de la misma manera.”

Colas silenciosas de gentes que van a trabajar solas. Actos de soledad en fila, como el que va a recibir su ración de rancho en un campo de trabajo. Recuerdo que la cola del comedor universitario, sin embargo, era divertida y bulliciosa.

La cola del autobús es silente, cadenciosa; una procesión de trabajadores anónimos que solos, sin más compañía que su libro o su walkman, esperan su turno para subir al autobús. Vamos cayendo al interior del autocar como los niños alineados caían en la picadora de la película *“The wall”* bajo los acordes floydianos de *“no somos más que otro ladrillo en el muro”*.

Ya en el interior, ocupamos educadamente nuestro lugar y en soledad esperamos a que nos lleven al lugar de destino.

Se oyen pocas conversaciones. Es más; si por suerte vas acompañado y sueltas una carcajada, los usuarios del asiento contiguo, giran sus cabezas emitiendo la sentencia del juicio final con sus miradas condenatorias por considerarte un loco. Una carcajada anónima en el autocar suena con un gran eco. Parece como si en ese preciso instante se abriera un micrófono para sonido ambiente y los potentes altavoces situados en la cabeza de cada asiento, recogieran tu risa y la expulsaran con 150 watios de potencia.

Por tanto, al final, todos decidimos que en el transporte público, mejor en silencio, mejor solos. Soledad transportada a diario acompañada de otras sesenta soledades que hacen, como almas cautivas, su último viaje a su destino; hacia ningún lugar, porque el lugar de trabajo es ningún lugar. Es tan relativo en el tiempo o en la distancia que un despido o una ruta alternativa por un accidente de tráfico en la calzada puede cambiarlo.

Es soledad en movimiento; soledad colectiva; soledad de gas-oil.

Pero el aquelarre solitario tendrá su período álgido unos metros más adelante del final del trayecto. Será cuando bajemos de nuestro transporte sobre ruedas y nos dirijamos al vientre de la gran señora.

4.- El vagón de metro.

Recuerdo que me llamó poderosamente la atención el anuncio de una famosa bebida refrescante que reflejaba en veinte segundos, como un loco con guitarra hacía que todos los ocupantes de un vagón de metro, cantaran con él, lo de “¡chiguagua!”.

Años llevo moviéndome entre raíles subterráneos, haciendo cientos de kilómetros “*underground*” y jamás he presenciado una escena como la que se representa en el anuncio. *Dsachtó?*

El vagón de metro es la soledad en estado puro.

Miles de almas anónimas son engullidas a diario por el vientre agujereado de la gran señora y como ejércitos de hormigas obreras caminamos, sin mirar atrás, introduciéndonos en esas cajas de cartón oxidadas que son los vagones de metro.

Oíd el silencio de un vagón de metro a las 8.30 hs de la mañana. Doscientas soledades presentes y tan cercanas unas de otras, ignorándose; no nos oímos ni el corazón, pese a estar unos tan próximos de otros.

¿Podemos sentirnos solos en un vagón acompañados por más de dos centenares de viajeros más?

La soledad en medio de esa multitud es tan aplastante que se convierte en el momento más solitario por el que a diario hemos de pasar. Rostros sin cara; personas sin nombre; viajeros con miles de historias desconocidas para el resto de usuarios del vagón.

En otras multitudinarias concentraciones como un concierto memorable de Bruce “*the Boss*” o en la playa de San José en agosto, te sientes –me he sentido- acompañado; las emociones a flor de piel por una canción; el sonido embriagador de las olas.

El vagón de metro, ese que “*¡vuela!*”, es un pasaje hacia lo desconocido. Viaje nocturno a plena luz del día. Nos instalan monitores de televisión a modo de acompañantes de plasma y así se compran nuestros minutos de soledad colectiva, con proyecciones disuasorias que nos alejan de nuestro consciente, porque él sabe que en la gran urbe, en sus entrañas, la soledad se mueve.

Millones de ánimas que dejan tras de sí pasos olvidados; pasos que jamás se recuperarán, jirones de vida tirados en pasillos laberínticos, señalados con flechas de colores y que la “*salida*”, pese a estar pintada de verde, es sólo la puerta de escape a esa soledad globalizada.

Jamás pensé que cuando tomas la decisión de cambiar tu vida y rescribir tu guión, trasladándote de una pequeña ciudad provinciana a la madre de todas las ciudades europeas, como es Madrid, me asomaría al balcón presidencial de los túneles de la soledad (pese a lo que digan, *¡vente pa’Madrid!*, canta Ketama). Nunca antes me había sentido y estado tan solo entre tantos hombres y mujeres a los que jamás he vuelto a ver.

Parádeisos si tuviera metro, tendría que ser como el del anuncio, donde un loco con rastas y guitarra, nos hiciera cantar cargados de felicidad y entusiasmo celestial “*¡chiguagua!*”, moviéndonos por railes con sabor a chocolate en vagones de turrón, como en Jauja. Esta metáfora, en realidad, sólo tiene una estación “*ciudad universitaria*”. Aquí todo sería –es- diferente: mochilas arcoiris, extensiones capilares moradas, piercings en ombligos vertiginosos, risas gratuitas y libertarias.

Próxima parada... ni siquiera los jóvenes y lustrosos chicos ya se levantan para ceder sus asientos calientes a jóvenes, medianas y mayores, compañeras de peregrinaje que los miran con ojos cansados apoyadas en barras alumínicas.

Es el egoísmo de la soledad. *La soledad es un infierno para los que intentan salir de ella* (Abe Kobo).

Por eso siempre paseo mi soledad de pie.

5.- El ruido.

Aunque parezca mentira, el ruido también tiene sus notas musicales; si no recordemos a Manolo Tena con su tema “*Ruido*” o a Sabina con su “*mucho mucho ruido*” o incluso esa expresión golpista que suena como “*ruido de sables*”.

Tenemos pues, entonces, la certeza de que esa ingente emisión de díscolos y anárquicos sonos musicales producen el denominado ruido. El que se mueve por una gran ciudad sabe lo que es el ruido. Unos los combaten con auriculares ensimismados en románticos acordes musicales; otros se refugian en los colorines de papel *couché*; otros, sin embargo, provocan más electrizantes alaridos sonoros elevando sus voces o el sonido de sus aparatos de radio hasta límites insospechados.

Pero hay otros que el ruido nos detiene en el anonimato de inconexos cantos de sirenas y, por el contrario que a Odiseo, nos aleja de las costas que se dibujan sobre las aceras de la ciudad, viendo como esos ríos oceánicos de asfalto nos hacen sentirnos náufragos solitarios en islas repletas de gentes, semáforos, vehículos...ruido.

“*Lost in traslation*” (de Sofía Coppola) es una sinfonía cinematográfica sublime que deja transpirar en cada fotograma la soledad de sus personajes perdidos en Tokio (él, un actor famoso –Bill Murray- que va a grabar un anuncio de whisky y ella –Scarlett Johansson- joven esposa de un fotógrafo de moda) y posee una banda sonora magistral.

Pero lo que más magnetiza y seduce de la película, es el ruido de la ciudad – notas musicales urbanas- que la actriz protagonista analiza con su huidiza y tímida mirada, perdida en ese mar de tubos de neón, cemento, cristales, marcas comerciales, vehículos y millones de viandantes, que le hacen sentirse

la visitante más solitaria del mundo en una ciudad de dimensiones pantagruélicas. Sofía, sin saberlo, pone imágenes en 8mm a las palabras de J. Ramón Jiménez: *“en la soledad no se encuentra más que lo que a la soledad se lleva”*.

Esas sensaciones, esos fotogramas de soledad, se proyectan delante de cada uno de nosotros cuando simplemente estamos a la espera de que el semáforo cambie al verde y así poder atravesar, montados a lomos de las cebras urbanas, las zainas avenidas de la metrópoli.

Uno observa a diestro y a siniestro: sólo ve insectos metálicos y oye (que no escucha) ruido, mucho ruido. En ese momento se cierne sobre ti un silencio interior que te aísla del resto del mundo: de nuevo la sensación de naufragio te invade de los pies a la cabeza.

Hace poco cenaba en un coqueto restaurante árabe. Al llegar, el lugar no estaba aún lleno; pero con el transcurso de la noche, se ocuparon todas las mesas del local. Tomando el segundo plato, el ruido de fondo era tan ensordecedor que los que estábamos en aquella mesa sentados, apenas nos escuchábamos (sólo nos oíamos) y veía como el compañero sentado enfrente de mi, inclinaba todo su cuerpo sobre la mesa para poder decir algo entendible al resto de los comensales. Por unos segundos, quizá embaucado por esas notas arrítmicas y martilleantes del ruido, me sentí solo, aislado, incapaz de comunicarme con una persona que sólo estaba a un codo de mi. Salvo las miradas y los gestos, el resto se volvían inútiles esfuerzos de comunicación.

La incomunicación crea soledad; el ruido crea soledad.

¿Por qué el arrullo de las olas acompaña al solitario caminante que deja sus huellas impresas en la arena y sin embargo el anárquico y embaucador ruido de la gran ciudad, crea soledad?

El aislamiento genera soledad. El aislamiento sonoro es una de las soledades que escuchamos a diario.

6.- La oficina.

Es probable que la sensación de soledad que se puede llegar a sentir en una oficina no sea necesariamente la percibida por muchos de sus habituales usuarios. Pero unos segundos de reflexión seguro nos lleva a conclusiones paradójicas, pero más cercanas a la realidad cotidiana de lo que nos podemos imaginar a priori.

Pasamos una media de ocho horas diarias en un espacio que no es el natural. El trabajo no es lo natural, lo consustancial en el hombre. Hasta podríamos tomar el trabajo como un castigo divino: *“te ganarás el pan con el sudor de tu frente”*.

Por tanto, y solo en este caso, el pan si tenemos que ganárnoslo y para eso, salvo loterías, herencias y demás circunstancias aleatorias y remotas, está el trabajo.

He leído recientemente de Alex Rovira que cuando se une la vocación y la pasión nace la creación. No puedo estar más de acuerdo.

Es decir, si unes tu vocación a una gran pasión, crearás. Eso aplicado al trabajo...te podrá ayudar a crear tu propio destino. Es cierto.

Pero debemos pensar que cuando nos paseamos a lo largo de muchas oficinas, conoces a cientos de personas, ves que desean que llegue su hora de salida y dirigirse a su lugar natural que será cualquier otro que no sea precisamente la oficina. De hecho, esa libertad que se vuelve a sentir fuera de la oficina, permite la unión de tu vocación a la pasión por otras muchas actividades y así crear: el deporte, la pintura, la literatura, el bricolaje, etc, y así miles de vocaciones, millones de pasiones y por supuesto *“gigas”* de creaciones.

Esto es lo más significativo y relevante del ser humano: su capacidad para crear; la posibilidad de unir un sentimiento como es la pasión, con un anhelo o un deseo interno como es la vocación y así crear. Incluso en estos casos se crea en soledad; pero en esa soledad creadora siempre está presente el otro, los demás. Uno crea, primero para sí mismo; luego crea para otro, los demás. ¿Eso significa que no podemos crear en un entorno no natural como es la oficina? Es probable que fuera más fácil crear sentado en una roca frente a un acantilado. Ahí, al menos, el aire está más limpio.

Curiosamente las redes sociales creadas en Internet en los últimos años, no se hacen entre personas de la misma oficina. Martín Luther King se empeñaba en recordarnos que *“hemos aprendido a volar como pájaros, a nadar como los peces, pero no hemos aprendido el arte de vivir juntos, como hermanos”*.

Me explicaba hace unas semanas un amigo, Salvador, que en su actual oficina, salvo el contacto puramente formal que tienen unos compañeros con otros, fuera de ahí, nada de nada, pese a pasar con ellos casi un tercio del día. Su sensación es que incluso con la presencia de sus compañeros, se siente solo. Su soledad, decía, era mayor en la oficina que en el trayecto que une su casa con la citada oficina.

¿Realmente nos sentimos acompañados en nuestro lugar de trabajo?.

Dicen que trabajar en equipo es el mejor sistema de trabajo. ¿Pero somos o nos sentimos equipo en un lugar hacia donde peregrinamos a diario para hacer realidad las palabras dichas a Adán?.

Miremos a nuestro alrededor; comprobemos si estamos o nos sentimos arropados, agasajados, respaldados, respetados, incluso queridos por nuestros compañeros.

En la oficina hay mucha soledad.

Jefes deambulantes que no encuentran consuelo ni en las palabras que se dirigen ante el espejo del baño porque no encuentran al otro, los demás, fuera de su despacho. Baudelaire comentaba que *“quien no sabe poblar su soledad, tampoco sabe estar entre una multitud atareada”*.

Bajar la escalera al final del día con sensación de vacío interior y al pisar la calle, notar como una gran inyección de vida se mete por tus venas, es la señal evidente de que las ocho horas anteriores han sido horas, minutos, segundos de soledad. Si a esto unes que debes contar con la soledad porque debes o tienes que tomar una decisión, verás como esa sensación, esa actitud, esa posición, no equivale al doble de soledad: es soledad elevada al cuadrado.

7.- El teléfono móvil

Una vez alguien me preguntó: *“¿sabes cual es la cadena más larga del mundo?”*. Dije “no”. *“Pues el teléfono móvil”* respondió mi interpelador.

Galileo jamás habría imaginado una cadena invisible tan larga y con eslabones tan resistentes. Ahora la llevas colgada hasta en los momentos más íntimos: te ayuda a despertarte, te avisa de tus compromisos, ha inventado un lenguaje escrito propio y único; politonos, ultraligeros...los hay tan extrafinos que empiezan a recordar a los anuncios de higiene femenina.

Ya hay más móviles que teléfonos fijos. Todos, en las reuniones, llevamos “móvil”. Nadie se esconde en los portales, como hace unos años, para hablar con él por la calle. Tampoco nos asombra ver carteles de no usarlo en centros de salud, salas de juicios, aulas de conferencias, etc. No sabemos vivir sin el móvil.

Y lejos de ayudarnos (aunque también tienen su parte positiva) nos hace más esclavos. Por tanto seremos más solitarios que cambiamos la comunicación cara a cara por ese extraño sistema de signos que son los “sms” o de intercambios de “toques” cuyos significados pueden ser, desde un *“te quiero”* hasta un *“llámame”*.

Dicen que el hombre no es hombre hasta que no escucha su nombre de labios de una mujer. Cuando Antonio Machado, escribió eso no había móviles. Sigo fiel al poeta: prefiero mi nombre en labios de una mujer que oírlo por el móvil.

Pero como digo el teléfono móvil (lo correcto sería decir teléfono portátil, como los ordenadores) es como el espejo: otro ingrediente que nos indica que estamos solos. Nos hemos acostumbrado tanto a su uso, que sin él, no somos. Vértigo nos produce no saber dónde está nuestra pareja: no responde a las compulsivas rellamadas; no recibir una contestación a un sms de amor o por

qué no decirlo, convertirlo en la mejor arma de la soledad ensimismando a los usuarios con videojuegos alienantes que nos muestran la cara más fría y desafiante de los ciberinventos humanos.

Necesitamos llamar porque es vital comunicarse. Pero no debemos pasar por alto como ese elemento que facilita la comunicación se ha convertido en arma esclavizadora.

Ahora, salvo “el amor”, lo podemos hacer todo con el teléfono móvil. Sin embargo todo lo bueno de la tecnología, también tiene su lado siniestro (como todo lo humano -Caín y Abel-). Si no pasen y vean: ese móvil que suena en el cine, en el teatro, en la consulta del médico, en la sala de conferencias. Pero aún hay más: estamos celebrando una magnífica comida y nuestro anfitrión recibe una llamada; se levanta para “presuntamente” no molestarnos con su conversación. Nos quedamos solos *remando en nuestro propio barco*, como decía Eurípides y con una cara de “pasmaos” total. En muchas reuniones de trabajo, más de lo mismo.

Si prestamos atención, muchas de esas conversaciones son irrelevantes, pero son prioritarias las palabras que se lleva el viento en una llamada que las que pueda dejar de oír la persona que tenemos delante. También puede ser una manifiesta falta de educación.

Cambiamos un “tq” en sms por un *te quiero* dicho al oído con un aliento cálido y sabor a miel de caña. La cadena más larga del mundo: es cierto.

Cada día hay más esclavos, pero sus grilletes y sus bolas no se ven. Son ondas que se transmiten entre aparatos revolucionariamente más pequeños y que su abuso trae, genera, provoca, segundos, minutos, quizá horas de solemne soledad observante, esperando que nuestro acompañante acabe su importante y decisiva conversación.

En las cajetillas de tabaco nos maltratan con un *“fumar puede matar”*. Pediría que en las carcasas de todos nuestros teléfonos móviles se esculpiera una leyenda que dijera: *“si hablas, no mates de soledad al que está a tu lado”*.

8.- El ordenador.

En la actualidad las siglas PC no se relacionan con el Partido Comunista; sabemos que nos referimos a nuestro ordenador personal (*personal computer*).

Ya no concebimos nuestro trabajo sin un pc (fijo o portátil).

De hecho también muchos electrodomésticos, vehículos, incluso tablas de surf, llevan instalados un pc, más o menos potente, para, dicen, facilitar al usuario su manejo y facilitar el acceso a la Red. Con nuestro pc y a través de la Red, nos colamos en un mundo inabarcable de tecnología e información que nos hace perder la dimensión del espacio y del tiempo: navegamos sin velas por mares infinitos de historias, páginas, links, blogs, toolbars, etc.; son los nuevos peces que se mueven en este océano sin agua.

Pero detrás del adelanto de la Red, de los inventos tecnológicos, se ocultan buena parte de las frustraciones y soledades humanas. Volviendo a una frase de la introducción, las webs de contactos funcionan porque *“hay más gente sola de lo que imaginamos”*.

Efectivamente: nos ocultamos tras una pantalla y escondemos nuestra cara tras un *nickname* y pagamos por estar en la primera fila cibernética del dormitorio de alguna *showgirl* del colorín o por el contrario, nos invitamos para quedar en salones artificiales que jamás poseerán confortables sillones de diseño vanguardista. Somos incluso capaces de fotografiar en silencio en una piscina, en un gimnasio, en un vestuario a personas anónimas y saber que alguien, al otro lado, una vez colgadas en la Red, pagará por disfrutar de esos “robados”, en soledad. Al final de la cadena, siempre hay mundos solitarios, historias solitarias, seres humanos solitarios que gracias a su pc creen que salen de su soledad “enganchándose” a él, inventando relaciones que no

existen y contactos que irremediablemente no se asemejarán a una acaricia dejada sobre un torso desnudo en un campo de algodones.

Hemos descubierto que el correo electrónico no sólo es la mejor y más rápida arma de comunicación escrita que existe (reconozco que me encanta), sino que además ayuda, a modo de trinchera, a esconderse en las relaciones con los demás.

¿Quién de nosotros no ha dejado de pedir alguna cosa de viva voz, cara a cara, porque ahora lo hace por correo electrónico?

Siempre en el “*vis a vis*” (todavía se usa este término en el sistema penitenciario) había contacto entre los interlocutores: el emisor y el receptor. Ahora con el correo electrónico hemos eliminado la cara de nuestro receptor; solo vemos la pantalla de nuestro pc y no somos en muchas ocasiones conscientes de que unas palabras escritas, pueden ser más demoledoras que cualquier mirada, gesto o consejo (¿cuántos manuales para usar correctamente el correo electrónico hay ya en el mercado?).

Nos refugiamos tras un teclado que emite notas sin música y cedemos ese mini paseo a la mesa del compañer@ por un frío, distante y solitario correo electrónico.

Días atrás leí en una revista empresarial (una de esas que no deja de dar consejos, muchos de ellos desternillantes) que una de las tareas que debíamos realizar cuando abandonásemos nuestro puesto de trabajo (voluntaria o involuntariamente) era, una vez comunicado a nuestro superior jerárquico inmediato y puesto en conocimiento del Director de RRHH, despedirse de todos los compañeros con un correo electrónico.

Pienso y sufro con la dureza del momento.

En la salida de la empresa (con gusto o sin él), siempre hay un trocito de ti que se queda allí para siempre. Las horas que inviertes en esa compañía, empresa, filial, etc., seguro que han servido para mucho y por tanto tu marcha se queda impresa en la misma.

Sin embargo estoy convencido que es –debe ser- un acto de soledad extrema tener que despedirte de tod@s tus compañer@s con un congelado correo electrónico.

Siempre preferí los besos de bienvenida o despedida. Pero caminamos inexorablemente hacia idas y venidas solitarias. Despídete de medio centenar de compañeros con un simple correo electrónico. Después camina solo hacia la puerta de salida.

Esa sensación es similar a cuando bajas la escalera del avión o sales del tren de largo recorrido sin que nadie te espere a tu llegada; sientes envidia de los besos y abrazos ajenos. Soledad.

Solitarios de pc; solitarios aeroportuarios.

9.- Las gafas de sol.

“Gafas de sol me protegen de un mundo aburrido” dice el grupo Mclan en su canción “Espectáculo de ruido”. Y así es.

Las gafas de sol se han convertido en un aditamento que aísla del conflicto con el otro, los demás. Uso casi más mis gafas de sol que cualquier otro complemento personal. Hace tiempo que mis gafas de sol se convirtieron en excelentes escondites.

Los Blues Brothers las usaban como signo evidente de independencia, rebeldía, escondiendo su mirada, por no hablar de todos los protagonistas de Reservoir Dogs o las intrigantes gafas de Anastacia.

Elton John siempre las llevaba (por su miopía, claro, hasta que se operó). Los miopes ya se sabe: tiene una visión diferente de la realidad. Tienen -tenemos- la sensación de vivir dos realidades: una, la *real-borrosa*, distorsionada, que nos obliga a ver de cerca y quedarnos con todos los detalles; otra, la *virtual-correcta*, que se consigue una vez nos colocamos nuestras monturas acristaladas.

Cuando los miopes nos descargamos de las gafas que nos corrigen la vista, nos enganchamos a las de sol. El anhelo de cualquier miope es cambiar su visión *real-borrosa* por la *virtual-correcta*, aunque no seamos capaces de desprendernos de otras gafas, las de sol.

Pero también es cierto que tras unos cristales oscuros siempre se esconden los ojos, esos que son el reflejo del alma. Hay ojos distantes; algunos fríos; otros ardientes o lascivos, incluso inteligentes o vivos.

Es esencial cuando se está en una reunión de negocios conocer y analizar la reacción de nuestro/a interlocutor/a ante las diversas ofertas presentadas, observando sus ojos.

Los expertos dicen que en las entrevistas de trabajo, uno de los secretos del éxito de la misma, es mirar a los ojos al entrevistador. Significará que el entrevistado no teme ni huye; no se escurre de entre las preguntas que de forma inteligente, desesperante, puntillosa o descerebrada lanza el entrevistador.

A todo esto podemos unir las gafas excluyentes que usan los famosos.

Si quieres esconderte de algo o de alguien, usa gafas de sol. Si quieres pasar desapercibido usa gafas de sol. Si quieres ser un *recordman* mundial de velocidad, de pértiga, de vallas o maratón, usa gafas de sol .

Asimismo, si quieres un rato de soledad, si quieres mirar, observar, analizar en soledad a los que te rodean, usa gafas de sol. Si quieres ver cómo se comporta tu compañero o tu jefe, analiza cómo usa sus gafas de sol (si las tiene) y verás si es decidido, espléndido, o simplemente un tacaño. Sabrás que es un descuidado contando las rayas y manchas que llevan sus cristales.

Sin embargo y curiosamente, cuando uno camina entre millones de viandantes se da cuenta que las personas más solitarias (al menos en apariencia), los sin techo, por ejemplo, jamás usan gafas de sol. La luz del sol, esa que nos da la vida y es tan molesta para unos ojos claros o unos ojos oscuros, no tamiza su intensidad ante los ojos de un ejecutivo, un repartidor o un vagabundo. ¿No será que estos últimos miran a la vida como les viene, sin necesidad de colocar absurdos artilugios en el camino de su mirada?.

¿No es más fácil mirar a los ojos de un vagabundo que camina solo con sus perros y su carro metálico que a los ojos de un lustroso directivo?.

Reconozco que paseo con mis gafas de sol como única herramienta de análisis de la realidad. No uso ni hojas de cálculo, ni estudios de mercado, ni resultados demoscópicos: sólo unas simples gafas de sol.

Una vez las usé en el metro para tapar mis lágrimas que derramaba ante la posibilidad de que un magnífico amigo y compañero, dejara la empresa. Al final no lo hizo.

Esa lágrimas tras mis gafas de sol fueron gotas saladas de soledad. Recordé las palabras de Dulce María Roynet: *"no es difícil llorar en soledad, pero es casi imposible reír solo"*.

10.- La televisión.

Cuando llegamos tras una larga jornada de trabajo a nuestros hogares, tenemos la sensación de ser guerreros en busca de una reconfortante cura de heridas y podemos restañar las ajadas sensaciones de la gran ciudad. Veremos en ese momento, al quitarnos los zapatos y acariciarnos los pies cansados, la imagen de Aquiles vendando el pie a Patroclo por las heridas en las batallas de Troya.

Casi de forma instantánea nos dirigimos a ese aparato cargado de pulgadas que preside el centro de nuestra mejor habitación. La buscamos porque tenemos la sensación de que con ella conectada, los comentarios, las palabras o los colores que se proyectan desde el tubo catódico, hacen como que nos hacen compañía.

El cansancio se acumula ya que dejaste tu casa a las ocho de la mañana y regresas a ella rondando las nueve de la noche. Consigues llegar para darle un beso de buenas noches a tus hijos y a compartir una frugal cena con tu compañera. Pero a los pocos segundos te das cuenta de que tu mirada se queda atrapada entre las líneas de ese insecto que está pegado en la pared del salón. Entonces, en un momento de máxima atención, accedes a un mundo nuevo.

Zapeando puedes pasearte por medio planeta, ver infinidad de guerras repartidas por trozos de mapa, noticias manipuladas donde las imágenes dicen lo contrario de lo que dice la comentarista en off ; ves como se vulnera la intimidad de otras personas; acudes en directo a una catarsis colectiva cuando los espectadores se lanzan a aplaudir cuando la escalada de alaridos e insultos que se dedican los invitados en un plató, llega al si bemol. En ese instante, en esos segundos de lucidez, miras a tu compañera y sientes que ese aparato que

tú encendiste con la mejor de las intenciones, te ha dejado más solo que la una en el sofá de tu casa. Y en esa fracción de tiempo, pulsas el botón del mando: off. Eres libre.

También la televisión ha inventado la soledad.

Presencio algunas conversaciones y no deja de sorprenderme de cómo las contaminantes emisiones televisivas dejan que asista a su puesta en escena con una terrible sensación de soledad. Frases como *“enciende la televisión y no quiere saber nada de los demás”* o *“cuando hay fútbol no hay quien le hable”* o *“coge el mando y los demás nos tenemos que acostar”*.

Estas frases no las ha dicho ni un autor célebre, ni un inventor, ni un científico, ni un actor de reconocido prestigio hollywoodiense; las pronuncian a diario más hombres y mujeres de lo que deberían (retorna la frase de que hay más personas solas de las que imaginamos).

La televisión en muchas vidas de compañeros y amigos que frustran de cualquier intento de comunicación, de hilvanación de ideas simples que el/la otra/o puede entender, ya que está absorto en las ex625 líneas de su aparato de tv.

Tantas veces se habla de la soledad de los famosos, de lo efímero del éxito, de lo bien que está hoy y de lo solo que puedes estar mañana..¡pero cuántas soledades entre televidentes se generan cuando interviene -se produce- una ingerencia escatológica y alienante en los salones de nuestras casas?

Soledad catódica.

Parfraseando al gran Bogart en *Casablanca* cuando decía: *“siempre nos quedará Paris”*. En este caso, siempre nos quedará *“La bola de cristal”* y la radio.

Epílogo: Las soledades.

Traigo aquí las enigmáticas palabras de Schopenhauer cuando afirmaba que *“la soledad es patrimonio de todas las almas extraordinarias. Nadie puede salir de su individualidad. La soledad ofrece al hombre colocado a gran altura intelectual una doble ventaja: estar consigo mismo y no estar con los demás”*.

Esta noche cuando acabo las *diez soledades* quería finalizar con muchos deseos. Todavía no se si la soledad es una situación, una actitud ¿quizá una circunstancia?; ¿una invitada no deseada?.

Soledad, sentirse solo.

Paisajes no necesariamente oscuros.

Ahora escribo en soledad pero estoy -me siento- acompañado por todos mis pensamientos, anhelos, vocaciones, frustraciones, amores, desengaños, tropiezos, éxitos y estrepitosos fracasos. Todos, ya fracciones de segundo en un frugal repaso a estos últimos años de rápidas vivencias en intensas experiencias. Años donde las soledades, tal vez, se han amontonado más de lo deseable; pero para eso han estado mis gafas de sol, para ser consciente de ello. Por eso escribo en soledad; uno mi vocación y mi pasión para crear, para parir este texto preñado de días, horas, segundos quizá décimas de soledad. Lágrimas, paseos, viajes, despertares, reflejos, todo en soledad. ¿Hacia dónde vamos?

El individuo obtiene su exclusiva y única referencia vital porque tiene a otro. El otro justifica su individualidad. La suma de nuestras individualidades hacen sociedad, hacen progreso, hacen libertad; pero su resta generan soledad.

Quedan escritas mis pasajeras palabras a los sonos de *“no quiero estar sin ti”* de Rosana. El destino también se encarga de poner música a la soledad.

Por último una cita de Orah Mountain Dream:

“Quiero saber si puedes estar solo contigo y si en verdad aprecias tu propia compañía en momentos de vacío”.

Post data: Toca retirada (1)

poco queda por insinuar o decir;
ya nada resta para que la partida
se haga una realidad palpable;
aprehender a la salida el asa de la maleta
ésa que me llevará a no se qué lejana tierra mojada
olvidada entre mis encuentros con este adiós;
-marcharse-
encuentro entre recuerdos
es lo que se va desprendiendo
cuando la ausencia es real
cuando el no estar es un se fue;
¿cuántos restos de nosotros
donamos al aire que todos respiran?
¿qué legado de lo que fuimos
permanecerá en la acera que recorrimos
en busca de ese sueño intangible?
-hacer realidad el ser-
sólo seremos resto de lo que no quisimos,
somos recuerdos de lo que permanece invariable,
somos despojos de un tiempo inexistente
que nos borró de la mente de los ocupados;
testamento de los que no estamos
cuando toca retirada
cuando llega esta última hora.

(1) Del mismo autor © 2004. El álbum de fotos

El autor: Fernando R. Ortega Vallejo

(Murcia 1969) Es Licenciado en Derecho por la Universidad de Navarra y Master en Asesoría Fiscal de Empresas por el Centro de Estudios Fiscales de Granada. Además es Gestor Administrativo de Sanciones de Tráfico por el Instituto de Tráfico y Seguridad Vial de la Universidad de Murcia y abogado ejerciente con más de once años de ejercicio profesional. Pertenece a los Iltres Colegios de Abogados de Jaén y Madrid.



Desde Noviembre de 1999 ha venido desarrollando su actividad profesional en distintas empresas de servicios jurídicos. Es especialista en Derecho de la Circulación, Transportes, Tráfico, Seguridad Vial y Derecho Administrativo. Es también Director de Comunicación y RR.PP. de la Comunidad Thursday® (www.thursdayinternet.com).

Posee numerosos artículos de opinión, técnicos y doctrinales escritos y publicados en diversos medios de comunicación y webs del sector de la automoción, transportes, jurídicos y nuevas tecnologías, siendo autor de distintas ponencias presentadas en jornadas, seminarios y congresos.

Es Director de la sección de Derecho de Tráfico y Circulación del web www.juridicas.com (Ed. Bosch), colaborador de las revistas *Transporte 3* (www.transporte3.com), *Viajeros* (www.revistaviajeros.com), *Carrilbus* (www.carrilbus.com) o *Njbosch* (www.njbosch.com), así como del diario *Nexotrans*, la revista *Route (Mercedes-Benz)* entre otros. También es colaborador del programa "El público" de Canal Sur Radio y columnista de Marqueze Telecom.

En la revista *Viajeros*, adicionalmente, posee la sección "El pupitre" dedicada a temas no jurídicos. Es colaborador del editor literario en la Red www.badosa.com. Dirige el web www.publicatuslibros.com.

Es autor de varios poemarios como "Oppidum", "Veinte visiones", "Galería de pasiones" o "El álbum de fotos", entre otros. También es autor de los relatos "Calor" o "La nave". Es colaborador de la asociación cultural Claustro Poético de Jaén.

Ahora nos presenta su ensayo *“Diez soledades de un ejecutivo”*.

Edición por cortesía de

